

A UN ENFERMO DESAHUCIADO

por Francisco-Manuel Nácher

Querido amigo Roberto, hermano, compañero de viaje en la vida:

Conozco por tu cuñado la situación en que te encuentras. Y no he de ocultarte que me sobrecoge. Pero, como sé que todo en la vida tiene su finalidad, que siempre es positiva, una vez metido en tu piel, he tratado de ver la luz. Porque la luz está en todas partes, ¿sabes? En el fondo, todo es luz. Sólo que casi nunca la vemos.

Y, metido en tu piel, he tratado de pensar, que eso sí que lo puedes hacer. Y he llegado a la conclusión de que sí, a pesar de tu estado, puedes seguir pensando, es porque se te está diciendo que debes pensar.

A veces, los humanos nos empeñamos en hacer lo que no deberíamos, o en dirigirnos adonde no nos conviene, o en desear lo que nos perjudica, o en a hacer lo que nos daña. Y entonces, para ayudarnos, sólo para ayudarnos, el Dios del amor, que vela permanentemente por nuestra evolución y nuestro mejoramiento, nos va privando de alguna de nuestras facultades para que, concentrándonos en las otras y aprovechándolas, enderecemos nuestro sendero. Y así nos vamos viendo privados de opciones y teniendo que concentrarnos en las que nos quedan.

De momento, esa privación nos parece siempre una injusticia, una falta de amor, un error de Dios, que se ha olvidado de nosotros.

En tu caso, sólo te queda el pensar y el sentir y (no sin una finalidad concreta), el ver y, sobre todo, el oír. Y, si piensas un poco, comprenderás que ello no tiene más finalidad que hacerte pensar y sentir y ver y, sobre todo, escuchar. Fíjate en que no he dicho “oír”, sino “escuchar”. Escucha estas palabras y, luego, piénsalas, desmenúzalas, memorízalas. Si es preciso, cuando te pregunten si deseas escucharlas de nuevo, di que sí. Y escúchalas y deja que su sentido y su música y el amor que contienen penetren en ti. Siéntete afortunado porque, a diferencia de casi todos los hombres, eres sólo pensamiento. Tu capacidad de pensar

se ha multiplicado exponencialmente. Y, con él, tu capacidad de sentir. A los demás nos distraen miles de estímulos que recibimos continuamente. Y las respuestas de nuestro cuerpo a esos estímulos nos alejan de la necesaria concentración. Tú no tienes ese problema. Tú eres casi sólo pensamiento, como todos llegaremos a ser dentro de muchos millones de años.

Y el pensamiento es creador, Roberto. El universo existe porque Dios lo pensó y lo deseó. Y casi todo lo que nos rodea, lo que usamos en nuestra vida diaria, lo que deseamos, lo que tenemos, lo que compramos, lo que perdemos, casi siempre es creación humana. Pero esa creación empezó con un pensamiento que fue impulsado hacia la realización por un deseo y un acto de voluntad. Y nosotros, los hombres, somos como partecitas de Dios y, por tanto, somos creadores como Él. Lo que ocurre es que aún no sabemos crear bien. Y por eso hemos de intentarlo continuamente – para eso es, precisamente, la vida – hasta que alcancemos la perfección y nuestras creaciones no necesiten retoques.

Tienes, pues, la suerte de que puedes poner en funcionamiento todo el poder de tu mente, toda la fuerza de tus deseos y toda la energía de tu voluntad. Y, si durante la vida has hecho miles de cosas que siempre empezaron con un pensamiento, un ver en la pantalla de tu mente lo que querías hacer, seguido del deseo de realizarlo y empujado por un acto de voluntad, ¿por qué no lo haces ahora? Yo, en tu caso, no lo dudaría.

Yo sé que todo lo que nos sucede no es más que consecuencia de lo que hemos hecho antes, porque todo está regido por leyes naturales, que son inamovibles pero que tienden a ayudarnos en nuestro camino y, como he dicho antes, nos equivocamos en nuestras creaciones y nuestros deseos y luego, cuando llegan las consecuencias, aprendemos la lección y rectificamos. Por tanto, Roberto, no desesperes porque tú, que estás simplemente, experimentando los efectos de algo, puedes corregir esa situación si quieres.

Porque TÚ ERES UN SER CREADOR. Y, del mismo modo que diste lugar a lo de hoy, puedes, si te propones decididamente vivir el resto de tu vida esforzándote por hacer el

bien, por amar a tu prójimo, por ponerte todos los días en manos de Dios, lograras la curación.

TÚ TE PUEDES CURAR. Sólo necesitas para ello cuatro cosas:

1^a.- **Sentirte una criatura de Dios.** Y concebir a Dios como un Padre que te ama, que desea lo mejor para ti, que te observa permanentemente y que está esperando (como esperaba el padre del Hijo Pródigo) que le eleves tu corazón con toda la confianza de un hijo, con la seguridad de que Él te ayudará y podrás desarrollar tu vida por el camino de la comprensión, la devoción, el amor y la fraternidad.

2^a.- **Pensar en curarte.** Visualízate completamente bien, sano, dueño de todos tus órganos. Crea una imagen mental perfectamente clara de ti mismo en plena salud y feliz y agradecido.

3^a.- **Una vez creada esa imagen, deséala.** Pon toda tu emoción en desear su realización. Imagínate completamente sano y disfruta viéndote.

4^a.- **Pronuncia la fórmula mágica: ¡QUIERO!** Ordena a la naturaleza y a tu cuerpo, que sólo es una parte de ella, que la salud vuelva a ti. Afírmalo con fe, con la seguridad de que se realizará. Recuerda que Cristo dijo a sus discípulos: *“Cuando pidáis algo, pedidlo como si ya lo hubieseis recibido, y entonces lo recibiréis.”*

Y sé constante. **Fe y constancia son la clave.** Y en tu mano están las herramientas que necesitas: **Pensamiento** (que implica comprensión de tu estado y de sus causas, y formar la imagen mental del estado físico al que deseas llegar), **oído** (que te permitirá escuchar estas palabras cuantas veces quieras), **sentimiento** (que te hará elevarte a lo alto, con toda la devoción de que seas capaz, hasta llegar a Dios, que te recibirá con los brazos abiertos, como padre tuyo que es), **deseo** (que te permitirá poner en movimiento la imagen que hayas creado) y **voluntad**. (que hará el milagro).

La ciencia ha hecho prácticamente todo lo que sabe hacer. Pero la ciencia no tiene tus armas. Y tú sí. Dependes de ti. Sólo has de creértelo. Recuerda aquellas otras palabras de Cristo. *“Si tuvierais fe del tamaño de un grano de mostaza, diríais a ese*

árbol que se arrancase de donde está y se trasladase al mar, y el árbol lo haría.” No lo dudes. Tienes tiempo. Todos los que conocemos tu estado te ayudaremos y sentirás nuestras vibraciones ayudándote a elevarte y a sentirte capaz y confiado y agradecido. ¡Adelante, Roberto!

* * *